

E. MIRET MAGDA LENA

Todavía es noticia —aunque sea para ejercer una sana crítica— nuestra Conferencia Episcopal Española.

Y muchos se hacen la pregunta con que encabezó este artículo, ante las cosas que todavía han ocurrido, y que la prensa ha comentado ampliamente haciendo un juicio severo sobre las mismas. ¿Por qué —se preguntaban los periodistas— hubo la grave falta de información ocurrida durante esta Asamblea de Obispos? Del mismo modo que nos preguntamos los hombres de la calle: ¿Por qué no hemos sabido las discusiones de los obispos en torno al tema de las relaciones entre Iglesia y Estado?

No habrá ninguna Conferencia episcopal extranjera en la que todo haya quedado tan oculto o casi oculto, y de la que únicamente conozcamos vagas palabras y comentarios que nunca sabe uno hasta dónde son verdaderos o representan la realidad. En este país, nuestros obispos hablan mucho, pero no vemos nada claro lo que hacen ni el pluralismo que evidentemente existe, pero que se hace todo lo posible por ocultarlo.

Del mismo modo, otros se quedan extrañados por el proceso que, al parecer, ha llevado el Documento sobre Iglesia y Política, que tanto ha apasionado a la prensa al menos.

Yo estoy convencido de que este Documento no va a aclarar nada o casi nada, desde el punto y hora en que parece ser que hay una serie de matizaciones y de dimes y diretes que no sabemos si atienden más a las opiniones humanas que al Evangelio.

En cambio me ha chocado profundamente el documento que los obispos han aprobado sobre «Orientaciones acerca del Apostolado Seglar». Y en él se habla de este mismo tema, de lo político y lo religioso en uno de los apartados, que me parece de lo más importante que pueden decir nuestros obispos al mundo de hoy: unas, para que las tengamos en cuenta los laicos, y otras, para que las tengan en cuenta también ellos, y así todos nos acerquemos un poco más al Evangelio y no a la «prudencia de la carne» de que habló San Pablo.

Yo no sé si tantas horas y tantos días como se van a invertir en muchos de estos trabajos y documentos, merecen la pena. El novelista católico Gilbert Cesbron, que ahora colabora —a pesar de su inconformismo— con la jerarquía católica francesa, constantemente les está recordando grandes verdades que nadie les dice. Y una de ellas es que, tanto ellos como los laicos cercanos a ellos, «dedican una cantidad excesiva de días y de horas a comisiones, congresos,

reuniones, coloquios, seminarios de trabajo, y no se sabe cuándo se va a tener tiempo de reflexionar a solas, modestamente y en silencio». («Le Monde», 21-XI-1972.)

Y recuerda a todos que el que quiera transformar el mundo —como hizo por ejemplo Gandhi— «debería conservar algún día por semana, como hacía este gran inconformista pacífico, en silencio para pensar sobre la vida». Me parece que esto vendría bien a todos.

También se cuestiona este católico si igual que antes los niños de las familias cristianas jugaban de pequeños a curas; ahora parece que estamos viendo que los

¿INTELIGENCIA DE SACRISTIA?

adultos son los que juegan a los curas. Y se pregunta con un poco de humor, pero con mucha razón: «¿No será que los seglares, inconscientemente, se toman la revancha de la larga tutela en que el clero nos ha mantenido?».

Esto mismo es lo que contestaba yo en Granada —donde fui a dar una conferencia— a un universitario convencido de que el clericalismo actual de izquierdas era mucho mejor que el clericalismo de derechas. Yo le contestaba que el fondo de la cuestión es el «clericalismo», y no el adjetivo que ponemos a esta palabra. Por eso, después de tantos siglos españoles en que hemos vivido sometidos al clericalismo de derechas, la solución no es el clericalismo de izquierdas, sino todo lo contrario: lo que un amigo mío llamaba «el laicismo». Es hora ya de que compensemos los excesos inveterados de la presión ejercida por el clero con una reacción que puede parecer exagerada de los seglares, pero que va a venir muy bien como desintoxicante después de la asfixia a la que hemos estado sometidos durante tanto tiempo. Y si hay algún exceso, todavía no será suficiente para compensar los desmanes y tiranías contrarios ocurridos siglo tras siglo.

Lo demás sería caer, igual que ha ocurrido con esa falta de información acerca de la realidad de las discusiones de nuestros obispos, en una «inteligencia de sacristías» de la cual debemos huir por todos los medios. Esa «inteligencia de sacristías» de la cual también habla el católico Cesbron.

Después de esto me bastará con copiar literalmente algunos párrafos del Docu-

mento aprobado por los obispos sobre el Apostolado Seglar, para que veamos que se encuentran dentro de la línea de este sano laicismo que yo propugno, al hablar de los problemas del mundo de hoy.

«El ámbito de lo religioso no constituye en el cristiano un sector de la vida separado del resto de sus actividades humanas. Por el contrario, el seglar cristiano ha de trabajar a fin de que la vida familiar y profesional, las relaciones laborales, la iniciativa empresarial, la vida asociativa, la acción sindical, la actividad cultural, la acción política e internacional, en todos sus niveles, respondan a la concepción cristiana del hombre y de su vocación».

Como ha dicho también la Asamblea de la Federación Protestante de Francia: «A ejemplo de Jesucristo, los cristianos deben ser factores de ruptura contra el conformismo y la resignación del cuerpo social. Su acción debe ser la de inadaptados permanentes que no pueden aceptar lo inaceptables».

Los obispos españoles continúan diciendo: «De ahí la necesidad de que los cristianos no identifiquen sus propias acciones político-sociales con la fe cristiana, ni las vinculen de modo necesario a éstas; de ahí también la necesidad de que la sociedad civil ofrezca la posibilidad, garantizada jurídicamente, de que la diversidad de opciones de los ciudadanos pueda manifestarse públicamente y pueda operar efectivamente».

Esto lleva, por supuesto, «al reconocimiento práctico de un legítimo pluralismo». Pero «bajo el pretexto de pluralismo, ningún cristiano puede pretender hacer compatible con su fe... un sistema político-social que, en virtud de su misma estructura orgánica, se oponga a la libertad, a la creciente igualdad económica y social entre los ciudadanos, a la participación de todos en las decisiones políticas que afectan de modo fundamental al bien común de la sociedad y que dificultan la práctica de las virtudes».

Todo esto, en vez de comentarlo, lo que debemos hacer todos es meditarlo en silencio para que cale lo más hondamente posible, y quede perfectamente asimilado por unos y por otros para conseguir que la pretensión de amor, progreso, igualdad y libertad del cristianismo se encarnen en la sociedad humana de nuestro tiempo de un modo más satisfactorio y mucho más radical.

Si hacemos esto, de un modo u otro tendrá que influir en la vida, y evitaremos caer en la «inteligencia de sacristías» que criticaba Cesbron, bien sea ésta debida a la estrecha actitud de los laicos, bien a la de los obispos.